

para gloria como para dicha de la república, proclama desde luego á NAPOLEÓN EMPERADOR DE LOS FRANCÉSES.»

No bien acabó de pronunciar el archicanciller estas palabras, resonó el grito de *viva el emperador!* bajo las techumbres del palacio de Saint-Cloud. Oído en los patios y jardines, fué repetido con alborozo y estrepitosos aplausos. La seguridad y la esperanza estaban pintadas en todos los semblantes, y los asistentes, arrastrados por el efecto de aquella escena, creían haber asegurado para largo tiempo su dicha y la de Francia. El mismo archicanciller Cambaceres, participando del júbilo general, parecía haber estado siempre anhelando lo que se acababa de verificar en aquel momento.

Restablecido el silencio, dirigió el emperador al senado las palabras siguientes:

«Todo lo que puede contribuir al bien de la patria está esencialmente identificado con mi felicidad.

»Acepto el título que juzgáis útil á la gloria de la nación.

»Someto á la sanción del pueblo la ley de sucesión. Espero que la Francia no tendrá que arrepentirse de los honores que dispense á mi familia.

»De todas maneras, el día en que ésta dejase de merecer el amor y la confianza de la nación grande, mi espíritu dejaría de permanecer con mi posteridad.»

Fueron estas palabras cogidas con reiteradas aclamaciones, y después el senado, por medio de su presidente Cambaceres, dirigió á la nueva emperatriz algunas frases congratulatorias, que ésta, según costumbre, escuchó con afabilidad suma, y á las cuales no dió más respuesta que su profunda emoción.

Se retiró el senado, después de dar á aquel hombre nacido tan lejos del trono el título de emperador, título que no perdió jamás ni después de su caída ni en su mismo destierro. Con este nombre le designaremos en lo sucesivo, pues desde el día de que hablamos lo adoptó por suyo. El voto de la nación, tan seguro que hasta cierto punto parecía pueril la diligencia que se quería llenar de hacer que constase, debía decidir si sería emperador de los franceses por la gracia del senado sin salir del límite de sus atribuciones.

Mientras se retiraban los senadores detuvo Napoleón al archicanciller Cambaceres, y quiso que se quedase á comer con la familia imperial. Colmáronle de agasajos el emperador y la emperatriz, y procuraron hacerle olvidar la distancia que ya le separaba de su antiguo colega. El archicanciller podía en realidad consolarse, pues no había descendido, sino que solamente su soberano se había elevado haciendo que todos ascendiesen con él.

Tenían que hablar el emperador y el archicanciller Cambaceres de asuntos importantes relativos al acontecimiento del día; á saber: de la ceremonia de la coronación y del nuevo régimen que sería preciso dar á la república italiana, que no podía ya continuar como tal al lado de la Francia convertida en monarquía. Napoleón, que era aficionado á lo maravilloso, había concebido una idea atrevida, cuya manifestación debía embargar los ánimos y hacer más extraordinaria aún su advenimiento al trono: era la de hacerse consagrar por el mismo papa, el cual se trasladara, sólo para esta solemnidad, de Roma á París: cosa nunca vista en los

diez y ocho siglos que llevaba la Iglesia de existencia. Todos los emperadores de Alemania sin excepción, para hacerse consagrar habían ido á Roma. Carlomagno, proclamado emperador del Occidente en la Basilica de San Pedro, y casi por sorpresa, el día de Navidad del año 800, no había visto al papa mudar de asiento por su causa. Es cierto que Pipino había sido coronado en Francia por el papa Esteban, pero éste había ido allí para pedir auxilio contra los lombardos; de modo que iba á suceder por la vez primera que dejase un papa á Roma para consagrar los derechos de un nuevo monarca en la misma capital que servía á éste de residencia. La única semejanza que aquella escena podría ofrecer con la antigüedad, estaba en que la Iglesia iba á recompensar con el título de emperador al guerrero afortunado que la había socorrido: semejanza maravillosa con Carlomagno, que valía por cierto tanto como la legitimidad de que se vanagloriaban los Borbones, desacreditados por el vencimiento, por su mala conducta y por su participación en indignas insidias.

Apenas se le ocurrió esta idea, formó Napoleón la resolución irrevocable de realizarla, y se empeñó en que llevaría á París á Pío VII por cualesquiera medios, ya por la seducción, ya por el terror. Era esta una negociación difícilísima que nadie más que él podía llevar á cabo. Proponíase servirse del cardenal Caprara, el cual no cesaba de escribir á Roma que á no ser por Napoleón la religión hubiera naufragado en Francia y quizás en toda Europa; participó su proyecto al archicanciller Cambaceres, y de concierto con él estableció la manera de conducir la cosa para dar el primer ataque á las preocupaciones, á los escrúpulos y á la inercia de la corte romana (1).

Por lo tocante á la república italiana, hacía dos años que hubiera sido un teatro de confusión á no presidir en ella el general Bonaparte. Por un lado Mr. de Melzi, hombre de bien y de buen seso, pero moroso y trabajado por la gota, siempre dispuesto á dimitir su cargo de vicepresidente, careciendo del carácter necesario para soportar los sinsabores del gobierno, era un representante de la autoridad pública enteramente sin prestigio. Murat, que mandaba el ejército francés en Italia, suscitaba por otra parte al gobierno italiano enredos y embrollos, que agravaban el humor descontentadizo y agrio de Melzi, y Napoleón tenía que intervenir incesantemente para restablecer la concordia entre las dos autoridades. A estas dificultades personales se agregaban otras procedentes de la esencia misma de las cosas. Los italianos, poco acostumbrados aún al régimen constitucional que los hacía partícipes de sus propios negocios, mostraban hacia ellos, ya una indiferencia completa, ya una extremada vehemencia. Sólo servían para gobernar los moderados, poco numerosos, los cuales se veían muy embarazados en su acción, colocados como estaban entre los nobles, adictos á los austriacos, los liberales, propensos al jacobinismo, y las masas populares, sensibles únicamente al peso de las contribuciones. Quejábanse éstas de los gravámenes que causaba la ocupación francesa, y decían: *Estamos gobernados por extraños, y nues-*

(1) En las notas del siguiente libro examinaremos si es justo calificar de preocupaciones los poderosos motivos que tenía la corte de Roma para resistirse al ambicioso proyecto de Napoleón. (N. del T.)

*tro dinero pasa al otro lado de los montes;* y este dicho tan común en Italia, resonaba aún bajo la nueva república lo mismo que bajo el gobierno de la casa de Austria. Sólo un número reducido de hombres ilustrados conocía que, merced al general Bonaparte, disfrutaba de una existencia propia, que se podía considerar como comienzo de la unidad italiana, la mayor parte de la Lombardía, reunida en un solo Estado, gobernada en realidad por sus naturales, y sujeta enteramente á una vigilancia exterior y lejana; que si bien había que pagar anualmente veinte millones para el ejército francés, este subsidio era bien módico en realidad para mantener á un ejército de treinta ó cuarenta mil hombres, indispensable si se quería no volver á caer bajo el poder de los austriacos. Sin embargo, á pesar de los colores sombríos con que el ánimo enfermizo del vicepresidente Melzi cubría el cuadro de los negocios de Italia, éstos en realidad marchaban asaz pacíficamente, gracias á la mano de Napoleón que indirectamente los dirigía.

Convertir aquella república en una monarquía dependiente del imperio, y dársela, por ejemplo á José, era dar principio á ese imperio de Occidente que soñaba Napoleón en su ambición ya insaciable; era asegurar un régimen más estable á la Italia; era probablemente de jarla satisfecha, porque no podía menos de desear mucho tener un príncipe para sí exclusivamente, y tal vez aquel mero cambio contentaría, sólo por serlo, á aquellas cabezas inquietas y voltarias. Convínose por lo tanto en que el archicanciller Cambaceres, que estaba en íntimas relaciones con Melzi, escribiría á éste haciéndole sobre el asunto las convenientes insinuaciones.

Después de concertar con su antiguo colega todo lo que convendría hacer, llamó Napoleón al cardenal legado á Saint-Cloud, y le habló en tono afectuoso, pero tan decidido, que quitó al cardenal toda idea de suscitarle el menor reparo. Díjole Napoleón que le encargaba expresamente que suplicase al papa se trasladase á París para oficiar en la ceremonia de su consagración; que más adelante lo solicitaría formalmente, cuando estuviese seguro de no exponerse á una repulsa; que no tenía la menor duda sobre el logro de sus deseos; que la Iglesia los acogería, por lo que á él le debía y por lo que se debía á sí misma, porque nada sería más beneficioso para la religión que la presencia del Sumo Pontífice en París y la reunión de la pompa religiosa con la pompa civil en aquella ocasión solemne. Despachó el cardenal Caprara un correo á Roma, y Mr. de Talleyrand, por su parte, escribió al cardenal Fesch, informándole del nuevo suceso y encargándole que apoyase la negociación.

Corría la primavera, y deseaba Napoleón que el viaje del papa se verificase en el otoño. Proponíase en aquella época agregar otro espectáculo maravilloso al del papa coronando en París al representante de la revolución francesa, y era la expedición de Inglaterra, que había demorado por causa de la conspiración realista y de la institución del imperio; pero cuyos preparativos había perfeccionado de tal manera, que ya no le parecía dudoso el triunfo. Lo más que necesitaba era un mes, porque se proponía caer sobre la Gran Bretaña como un rayo. Destinaba á esta grande operación los meses de julio y agosto, y esperaba que volviendo victorioso, robustecido con la paz definitiva y armado con la omnipotencia eu-

ropea, hacia el mes de octubre, podría hacerse coronar á la entrada del invierno, el día aniversario del 18 de brumario (9 de noviembre de 1804). Agitaba en su ardiente imaginación todos estos proyectos á la vez, y pronto veremos, por las últimas combinaciones que se le acababan de ocurrir, que no eran aquellos pensamientos sueños y quimeras.

El archicanciller Cambaceres escribió por su lado al vicepresidente Melzi sobre los asuntos del nuevo reino de Italia. El ministro de la república italiana en París, Marescalchi, apoyó también las insinuaciones hechas por Cambaceres á su vicepresidente.

Empleáronse los días siguientes en prestar juramento al nuevo soberano de la Francia. Fuéronle sucesivamente presentados todos los miembros del senado, del cuerpo legislativo y del tribunalado. El archicanciller Cambaceres, en pie, al lado del emperador que estaba sentado, leía la fórmula del juramento; juraba en seguida el personaje admitido á cumplir con aquella formalidad, y el emperador, levantándose un poco en un sillón imperial, hacía un ligero saludo al que acababa de tributarle aquel homenaje. Esta diferencia repentina acaecida en las relaciones entre los súbditos y el soberano, que el día anterior era igual á ellos, produjo cierta sensación en los individuos de las corporaciones del Estado. Parecía como que después de haberle dado la corona por una especie de arrebato, se sobrecogían al ver las primeras consecuencias de lo que acababan de consumir. El tribuno Carnot, fiel á la promesa que hizo de someterse á la ley, prestó juramento como todos los demás tribunales, hízolo con la dignidad del hombre que acata y venera las leyes, y aún se mostró menos sorprendido que los otros del cambio verificado en la forma exterior del poder. Pero los senadores fueron los que más lo repugnaron, y profirieron con este motivo alguno que otro dicho maligno, á lo cual indudablemente contribuyó una circunstancia particular. De las treinta y tantas plazas de senador instituidas durante el consulado perpetuo, había quince que no estaban provistas, y eran las de Agén, Ajaccio, Angers, Besanzón, Bourges, Colmar, Dijón, Limoges, Lyon, Montpellier, Nancy, Nimes, París, Pau y Riom, las cuales se distribuyeron el 2 pradiel (22 de mayo). Lacepede, Kéllermann, Francisco de Neufchateau y Bertollet eran del número de los agraciados; pero quince senadores satisfechos no podían constituir una mayoría suficiente entre ciento, de los cuales faltaba crear aún más de ochenta. Sin embargo, los que habían visto frustradas sus esperanzas aspirando al senado, tenían á la mira otros destinos, y aun no debían perder toda confianza; pero entretanto no era extraño que su lenguaje revelase cierto descontento. Salía el *Monitor* lleno todos los días de nombramientos de gentileshombres, caballeros, damas de honor y azafatas, y si bien al nuevo emperador se le podía perdonar todo por su personal grandeza, no sucedía lo mismo con los que se encumbraban en pos de él. La actividad inquieta de aquellos republicanos, impacientes por hacerse cortesanos, y de aquellos realistas que no veían el instante de trocarse en palaciegos y servidores del que calificaban de usurpador, formaba un espectáculo singular; y si al efecto natural de este espectáculo se agregan las esperanzas frustradas ó condenadas á la espera que se vengaban con la mordacidad y la malicia, fácilmente

se comprenderá que en aquel momento no podía menos de criticarse y hablarse mucho. Pero las masas, satisfechas y prendadas de un gobierno tan glorioso como bienhechor, admiradas de una escena inaudita de la cual sólo percibían el conjunto sin advertir los pormenores, sin conocer ni envidiar á aquellos afortunados de la situación, que habían conseguido hacer á sus hijos pajes y á sus mujeres damas de honor y hacerse á sí propios prefectos del palacio ó gentileshombres, estaban atentas y embargadas por una sorpresa que rayaba ya en admiración. Napoleón, convertido en emperador de alférez de artillería, acogido, aceptado por la Europa y alzado sobre el pavés en medio de una quietud profunda, ofuscaba con el resplandor de su fortuna todas las pequeñeces que se mezclaban á aquel prodigioso acontecimiento. No se experimentaba ya seguramente aquella premura que en 1799 había hecho que la nación aterrada corriese en busca de un libertador; tampoco se experimentaba aquel sentimiento de gratitud que en 1802 había impulsado á la nación entusiasmada á conferir á su bienhechor la perpetuidad del poder; había en efecto menos premura por mostrar agradecimiento á un hombre que tan bien sabía tomarse el premio por sus propias manos. Pero juzgábasele digno de la soberanía hereditaria: admirábasele viéndole apoderarse de ella: se le aprobaba el deseo de restablecerla, porque con eso se conseguía el más completo restablecimiento del orden, y finalmente, le maravillosa escena que se presenciaba ofuscaba y fascinaba á todos con su esplendor. Así, aunque animados de sentimientos un tanto diversos de los que experimentaban en 1799 y en 1802, los ciudadanos acudían con premura á todos los puntos donde se habían abierto registros para consignar en ellos su voto. Contábase los sufragios afirmativos por millones, y entre aquella inmensa multitud de votos favorables leíanse diseminados sólo unos cuantos votos negativos, como para atestiguar la libertad con que se habían emitido.

Para entrar en plena posesión de su nuevo título, sólo tenía que sufrir Napoleón un pequeño disgusto, pues había que fenecer la causa de Jorge y de Moreau, la cual se había empezado á instruir con extremada confianza. Por lo tocante á Jorge y á sus cómplices, no era grande la dificultad, ni tampoco por lo tocante á Pichegrú, si hubiera vivido: la causa debía cubrirles de ignominia y hacer patente la complicidad de los príncipes emigrados en sus tramas. Pero Moreau era uno de los consortes en aquella causa: creyóse en un principio que resultarían contra él más pruebas de las que realmente resultaban, y aunque su delito estuviese moralmente probado para todo hombre de buena fe, sin embargo, los malévolos podían negarlo por falta de pruebas legales: además, aquel contraste entre los dos primeros generales de la república, el uno subiendo al trono, y el otro cargado de cadenas y destinado, sino al cadalso, al menos al destierro, excitaba cierta compasión involuntaria. En semejantes casos, toda consideración de estricta legalidad queda postergada, y se da de grado la sinrazón al venturoso aunque esté la justicia de su parte.

Los consortes de Moreau, aconsejados por sus defensores, concertaron descargarle de toda culpa. Mostráronse en sumo grado exasperados contra él al comenzar el procedimiento; pero sacrificando su odio y su interés,

se prometieron salvarlo si era posible. Desde luego, para Napoleón venía á ser una especie de derrota moral el sacar libre del calabozo á su rival, triunfador de la acusación contra él intentada, revestido con los colores de la inocencia, ensalzado por el martirio y convertido en implacable enemigo; además, no habiendo conspirado Moreau, se podía sostener que no había habido conspiración ninguna, y que, por consiguiente, no habían existido ni semejante delito ni semejantes culpados. Es decir, que para los realistas, la propia seguridad y los cálculos de partido obraron de consuno para que siguiesen la conducta proyectada.

La abogacía, dispuesta siempre en favor de los acusados, la clase media de París, siempre independiente en sus juicios y fácilmente contraria al poder cuando con él no la unen graves acontecimientos, se habían declarado favorables á Moreau y hacían por él sinceros votos. Los mismos que sin querer mal á Napoleón miraban á Moreau solamente como un guerrero desgraciado, cuyos servicios podían aún ser útiles, deseaban que saliese inocente de aquella prueba, y que pudieran recobrar su espada el ejército y la Francia.

Empezó la vista de la causa el 28 de mayo (8 pradiel del año XII), y se abrieron los debates en medio de una inmensa concurrencia. Los acusados eran muchos y ocupaban cuatro hileras de asientos. No todos presentaban la misma actitud; Jorge y los suyos aparentaban una tranquilidad afectada, como si se vanagloriaran de poderse dar el nombre de víctimas inmoladas por la defensa de la causa. Pero la arrogancia que algunos de ellos mostraban, no excitaba por cierto grandes simpatías en el público. Jorge, á pesar de distinguirse de aquella gente vulgar por la energía de su carácter, provocó ciertos murmullos de indignación; pero el desgraciado Moreau, humillado y confundido por su celebridad, deplorando en aquel momento una gloria que era causa de la insoponible curiosidad de aquel gentío que clavaba en él sus miradas, se sentía abandonado por aquella seguridad tranquila que constituía su principal mérito en el campo de batalla. Sin duda alguna ocurría á su pensamiento la idea de la figura que estaba haciendo, él, héroe de la revolución, entre aquellos realistas, y á ser justo consigo mismo, no podía menos de reconocer una verdad, á saber: que había merecido su suerte por haber cedido al deplorable vicio de la envidia. Sólo á él buscaba ansioso el público entre tantos acusados, y aun se oyeron aplausos de algunos veteranos perdidos entre el gentío y de revolucionarios contristados, que creían ver en el banco del reo á la república misma, simbolizada en el general en jefe del ejército del Rhin. Aquella curiosidad y aquellos aplausos tenían á Moreau abochornado; y mientras los otros declinaban con énfasis sus nombres oscuros ó tristemente célebres, él pronunció con voz tan flaca su glorioso nombre, que apenas fué oído: ¡justo castigo de una envidiable reputación malvendida!

El debate fué largo. El sistema adoptado de antemano fué seguido escrupulosamente. Jorge, los Polignac y Riviere declararon que sólo habían ido á París porque se les había dicho que el nuevo gobierno estaba completamente desacreditado y los ánimos suspirando en general por la vuelta de los Borbones. No ocultaban su adhesión á la causa de los príncipes legítimos y su pro-

pósito de coadyuvar á un pronunciamiento en caso de haber sido posible; pero Moreau, añadían, á quien algunos intrigantes pintaban como dispuesto á acoger á los Borbones, no pensaba en semejante cosa y había desoído todas sus proposiciones. Desde aquel momento ni siquiera se les había ocurrido el conspirar. Jorge, interrogado sobre la substancia del proyecto, y viendo que se cotejaban sus declaraciones con las primeras que había prestado, en las cuales confesó haber ido á París con objeto de acometer al primer cónsul en el camino de la Malmaison, con un príncipe francés á su lado, respondió todo confuso que sin duda alguna se hubiera hecho más adelante, caso de creerse oportuno un movimiento de insurrección; pero que no siendo posible intentar cosa alguna por de pronto, ni siquiera se había pensado en el plan de ataque. Pusieron á su vista los informes destinados á su gavilla de chuanes, y le mostraron los chuanes mismos, sentados cerca de él en el banco de los reos: entonces, sin aparecer precisamente corrido, guardó silencio, como confesando de este modo que el sistema inventado por sus consortes y por Moreau no era ni verosímil ni digno.

Sólo en un punto estaban todos conformes con sus primeras declaraciones, que era en la presencia de un príncipe francés entre ellos, porque conocían en efecto que para que no se les tuviese por asesinos era preciso poder decir que se hallaba á su cabeza un príncipe. Poco les importaba comprometer la dignidad real mientras la complicidad de un Borbón les hiciese aparecer como soldados prontos á batirse por la dinastía legítima. Por otra parte, mientras aquellos imprudentes Borbones salvaban su vida en Londres sin curarse de sus malhadadas víctimas, bien podían éstas en París tratar de salvar, si no su vida, su honor por lo menos.

Por lo que hace á Moreau, su sistema era más especioso porque no había variado desde un principio. Háblalo ya expuesto al primer cónsul en una carta escrita desgraciadamente demasiado tarde, mucho después de los inútiles interrogatorios del gran juez, y cuando el gobierno, empeñado ya en el procedimiento, no podía retroceder sin que pareciese que temía el debate público (1). Confesaba haber visto á Pichegrú, pero sólo

(1) Si la carta de Moreau al primer cónsul no produjo resultado, no fué precisamente porque el gobierno se viera moralmente obligado á continuar el proceso, sino porque desde aquel momento, viendo Napoleón á su rival doblegarse, cobró más ánimo para acabar su ruina. Después de referir, en estilo noble y sencillo, sus antiguas relaciones con Pichegrú, que había sido su protector y su apoyo en el ejército del Sambre y Mosa, recordaba Moreau al primer cónsul que su deseo de servir á Pichegrú, mediando para que se le levantase el destierro, le era hacía tiempo notorio; pero no hemos hallado en dicha carta, que tenemos á la vista, una sola frase que, como pretende Mr. Thiers, haga relación á sus entrevistas personales con aquel antiguo general, ni que hable de haberlas tenido misteriosamente. Hallamos en cambio de ella un párrafo, digno de citarse por la energía de su forma, en que dice el severo republicano, hablando de las invitaciones que le hizo el partido realista: «Semejantes insinuaciones dirigidas á mí, simple particular, cuando ni siquiera conservo relaciones de ninguna especie con el ejército, á pesar de que casi todo él ha servido bajo mis órdenes, ni con ninguna autoridad constituida, mal podían ser aceptadas... Si el deseo de tomar parte en el gobierno hubiera sido un solo momento el objeto de mis servicios y de mi ambición, bien expedito tuve el camino para lograrlo, antes que usted volviese de Egipto, y aún puede usted recordar con cuánto desinterés le presté mi apoyo el 18 brumario.» (N. del T.)

con objeto de reconciliarse con él y de proporcionarle el medio de volver á Francia. Después de apaciguadas las discordias civiles, creía que el vencedor de la Holanda no debía permanecer extraño á la república, y que era para ésta un servicio el hacerle volver á su seno. No había querido verle ostensiblemente, ni solicitar su amnistía de una manera directa, porque había perdido todo crédito para con el gobierno por su resentimiento con el primer cónsul, y no tenía otro motivo el misterio de que se había rodeado. Verdad era que se habían aprovechado de aquella ocasión para hablarle de proyectos contra el gobierno que siempre desaprobó como ridículos, y no los denunció porque no los creía peligrosos y porque además un hombre como él no hacía nunca el oficio de delator.

Este sistema, excelente si varias circunstancias positivas y testimonios irrefragables no le hubieran hecho inadmisibles, dió origen á debates acalorados, en que Moreau supo hallar aquella misma serenidad y presencia de espíritu que manifestaba en el campo de batalla en los más inminentes peligros. Algunas de sus nobles respuestas fueron estrepitosamente aplaudidas por el auditorio. «Puesto que Pichegrú era un traidor, le dijo una vez el presidente, y puesto que usted mismo le delató bajo el Directorio, ¿cómo podía usted pensar en reconciliarse con él y hacerle volver á Francia?—En una época, respondió Moreau, en que el ejército de Condé llenaba los salones de París y los del primer cónsul, bien podía yo tratar de hacer que la Francia recobrase al conquistador de la Holanda.» Con este motivo se le preguntó por qué razón, bajo el Directorio, había delatado á Pichegrú tan fuera de tiempo, como si se quisieran suscitar sospechas hasta sobre su vida pasada. «Yo dí fin, respondió, á las entrevistas de Pichegrú con el príncipe de Condé en la frontera, poniendo con las victorias de mi ejército ochenta leguas de distancia entre aquel príncipe y el Rhin. Pasado el peligro, dejé á un consejo de guerra el cuidado de examinar los papeles hallados y de remitirlos al gobierno si le parecía conveniente.»

Interrogado Moreau sobre la naturaleza de la conspiración en que habían propuesto se asociase, insistió en que la había rechazado constantemente. «Sí, se le dijo, usted desechó la proposición de restablecer á los Borbones en el trono, pero consintió en servir de Pichegrú y de Jorge para derribar al gobierno consular y con la esperanza de recibir de sus manos la dictadura.—Ese proyecto que se me achaca, respondió Moreau, de valerme de los realistas para hacerme dictador, y de creer que si ellos triunfaban me habían de entregar el poder, es un proyecto ridículo. He hecho la guerra diez años, y en todo ese tiempo no sé que haya hecho jamás cosas ridículas.» Este noble recuerdo de su vida pasada fué ruidosamente aplaudido. Pero no todos los testigos estaban en el secreto de los realistas, ni preparados todos á desmentir sus primeras declaraciones, y había un cierto Roland, antiguo empleado en el ejército, que repetía con dolor, pero con impertérrita constancia, lo mismo que había depuesto desde el primer día. Declaraba éste que sirviendo de medianero entre Pichegrú y Moreau, le había encargado este último que manifestase que no consentía á los Borbones; pero que si le libertaban de los cónsules, haría uso del poder que infaliblemente se le